

La visión global de ZP. Entrevista con el Presidente del Gobierno

[Andrés Ortega](#)

FP

EDICIÓN ESPAÑOLA *cumple*

dos años. En

este tiempo, hemos visto el 11-M, un nuevo Gobierno a raíz de las elecciones del 14-M y un cambio en la política exterior de España. Es un buen momento para repasar la visión del mundo de José Luis Rodríguez Zapatero, y su diplomacia, que algunos críticos ven como uno de sus puntos flacos. Pero en este ámbito también el presidente parece sentirse en forma.



Andrés Ortega. Sus críticos le reprochan que usted no se interesa lo suficiente por la política exterior, que la agenda interna absorbe la mayor parte de su energía.

José Luis Rodríguez Zapatero. No lo creo, no. Para empezar, ¿dónde están los límites entre política nacional y política exterior en estos tiempos de la globalización? Combatir el terrorismo de Al Qaeda, ¿qué es, nacional o internacional? O, por citar otro ejemplo, negociar los presupuestos de la Unión Europea tiene una clarísima doble dimensión: española y comunitaria. Pero, en fin, incluso en términos clásicos, me parece que tengo una intensa agenda internacional. Permítame que

repasemos tan solo las actividades del último trimestre de 2005, que ha coincidido además con asuntos de peso de la agenda interna. En estos últimos meses he viajado a Francia, Portugal e Italia para celebrar cumbres bilaterales, he estado en Londres y en Bruselas para negociar los presupuestos de la Unión Europea, he participado en Rabat en los actos del 50º aniversario de su independencia y he firmado en Madrid una serie de importantes acuerdos con el presidente chino Hu Jintao... Aun más, en España se han celebrado en estos meses dos grandes eventos internacionales, la Cumbre Euromediterránea en Barcelona y la Cumbre Iberoamericana en Salamanca, que en conjunto reunieron a los gobiernos de unos sesenta países. Ah, y en Mallorca he tenido la satisfacción de ver cómo una iniciativa española, la Alianza de Civilizaciones, comienza a transformarse en un instrumento tangible para la comunidad internacional con los trabajos del Grupo de Alto Nivel de Naciones Unidas. Así que en estos últimos meses hemos podido recoger los frutos de un intenso trabajo a escala mundial y hemos consolidado la posición que España viene construyéndose desde que llegué al Gobierno. Hoy, mantenemos excelentes relaciones con todos nuestros vecinos directos, que es la principal obligación en política exterior de un Gobierno. Las tenemos, y simultáneamente, con Francia, Portugal, Marruecos, Italia y Argelia. Hoy, España es en el mundo sinónimo de paz, de acción multilateral, de legalidad internacional, de promoción de las libertades y de la igualdad, de lucha contra el terrorismo con la acción policial, pero también con el encuentro entre culturas... España es sinónimo de diálogo y de cooperación. Supongo que todos estos hechos ponen lo suficientemente claro la importancia que tiene para mí una acción internacional decidida.

A. O. En los sistemas democráticos, la dinámica de la integración europea y otros factores hacen que la figura del presidente de Gobierno, o del jefe del Estado en los sistemas presidencialistas, concentren en su persona la política exterior. En el caso español, ¿quién marca las grandes líneas de la política exterior? ¿El presidente del Gobierno? ¿Colegiadamente el Consejo de Ministros? ¿El ministro Moratinos o el ministro Bono?

R. Z. La marca el presidente del Gobierno. En todas las democracias hoy en día la política exterior ocupa aproximadamente el 50% del tiempo de la acción de un jefe de Gobierno o de Estado. Es

incuestionablemente un tema muy, muy situado en la presidencia del Gobierno, pero no sólo en España, prácticamente en todos los países.

A. O. ¿Y Moratinos, o Bono?

R. Z. El desencuentro que hubo sobre si se vendían a Angola 10 aviones fue una anécdota.

A. O. ¿Y respecto a Venezuela?

R. Z. La agenda respecto a Venezuela ha sido fijada por el presidente del Gobierno, y en este caso también por el Consejo de Ministros, que sí ha deliberado sobre ella, aunque no puedo desvelar el contenido.

A. O. ¿Cree usted que el debate interno sobre el modelo de Estado puede, según cómo, debilitar nuestra posición en el exterior?

R. Z. El debate interno sobre el desarrollo del modelo territorial no tiene mayor incidencia en la política exterior, que es una competencia exclusiva del Estado. Sin embargo, en la medida en que seamos capaces, como estoy seguro de que lo seremos, de articular un Estado en el que todos podamos sentirnos más cómodos y en el que el ejercicio de competencias sea más acorde con nuevos fenómenos que no existían en 1978, creo que la mayor cohesión interna se proyectará también en fortaleza hacia el exterior. En este terreno quiero recordarle que otra de las novedades en política internacional de mi Gobierno es la participación de las comunidades autónomas fronterizas en las cumbres bilaterales con países como Francia o Portugal.

A. O. ¿Es usted un pacifista?

R. Z. Soy un defensor de la paz. Me gusta la paz, trabajo para la paz y estoy convencido de que la resolución de los conflictos por la vía del diálogo y la diplomacia, es la manera más apropiada y también la más eficaz de preservar nuestra libertad y nuestra seguridad. Soy un pacifista sin reservas, si por pacifista se entiende el respeto y la adhesión a la Carta de Naciones Unidas, que incluye, como todo el mundo sabe, el derecho a la legítima defensa en caso de

un ataque exterior. Como también la posibilidad de organizar misiones humanitarias en el exterior debidamente autorizadas por el Consejo de Seguridad. En esto me identifico plenamente con lo que ya constituye una larga tradición española de participación. No creo que la solidaridad con los europeos y atlánticos, a través de la cual España articula su defensa, sea incompatible con la definición de pacifista. La defensa de la paz no está reñida con el uso de la fuerza cuando ésta es necesaria. Luchas como las libradas contra el nazismo y el fascismo son un claro ejemplo de ello.

A. O. ¿Se considera *duro* o *blando* en su diplomacia?

"Una de las realidades imparables del siglo XXI es el fenómeno de la globalización, que camina más deprisa que el pensamiento, y ante el que los gobiernos tienen una preparación escasa"

R. Z. Ni lo uno ni lo otro. Me considero una persona de firmes principios y valores. Soy absolutamente tajante en lo que se refiere a la necesidad de respetar la legalidad internacional. También sobre la necesidad de promover los derechos humanos y de erradicar la pobreza extrema. Y, por supuesto, tanto en el orden interno como en política exterior, soy un enemigo radical del terrorismo y un defensor a ultranza de la necesidad de mejorar la coordinación internacional para prevenirlo y hacerle frente.

A. O. ¿Cuáles son sus principales referentes históricos en política exterior?

R. Z. No soy mitómano y creo que es difícil transponer las políticas concretas seguidas en un momento histórico a otro en el que, necesariamente, las circunstancias son muy distintas. Pero, haciendo un esfuerzo para tratar de responder a la pregunta, me quedaría con la perseverancia en su lucha por la igualdad de derechos de Nelson Mandela. También citarí a Roosevelt, que fue consciente de la necesidad de hacer frente al nazismo, o a Kennedy, autor de la frase "pregúntate qué es lo que puedes hacer tú por tu país". Los socialdemócratas europeos, como Olof Palme y Willy Brandt, que tanto hicieron por la construcción de un Estado de bienestar que mejore las

condiciones de vida de los europeos y que tanto lucharon por la democracia en el mundo, también merecen mi admiración. Y, por supuesto, incluiría en la lista también a Jean Monnet, gran precursor de la integración europea, que me sigue pareciendo uno de los proyectos más interesantes y productivos de la historia.

A. O. Y además de personalidades, ¿qué acontecimientos constituyen sus referentes en política internacional?

R. Z. Dos cuestiones van a marcar el decurso de la visión del mundo del siglo XXI. Uno es la caída del muro de Berlín. Abrió el mundo y obligó a construir una nueva idea de Europa. En cierta medida, puso en crisis todo un sistema construido desde la lógica de la guerra fría. Y la segunda realidad es el fenómeno imparable de la globalización, que camina más deprisa que el pensamiento, y ante el que los Gobiernos tienen una preparación escasa. La globalización es en última instancia la consecuencia de la revolución tecnológica que va a ir más deprisa que el pensamiento político.

A. O. ¿Es el nuevo terrorismo transnacional un mal endémico que combatir, pero también conllevar?

R. Z. Lamentablemente, la lucha contra el terrorismo internacional no es una lucha a corto plazo. Hay que darle una respuesta inmediata a través de una intensa y enérgica acción policial y judicial, que aún tiene mucho que mejorar en su coordinación internacional. En este campo de la acción directa contra el terrorismo internacional, España tiene una posición líder, con casi 200 detenciones de presuntos terroristas vinculados a las redes de Al Qaeda desde abril de 2004. Pero la lucha policial por sí sola no es suficiente. También es fundamental dar una respuesta de gran calado que contribuya a cerrar la brecha que algunos, en uno y otro lado, pretenden ensanchar entre Occidente y el mundo árabe y musulmán. Es indispensable desecar los pantanos donde germina y se fortalece la plaga de ese terrorismo salvaje que hemos sufrido en Nueva York, en Bali, en Casablanca, en Madrid, en Londres, en Sharm el Sheij, en Ammán... Estoy hablando de intentar escuchar lo que sienten y experimentan esa inmensa mayoría deseosa de paz de los pueblos árabes y musulmanes que, demasiado frecuentemente, percibe que Occidente maneja un doble rasero en política

exterior del que casi siempre ellos salen perdiendo. Estoy hablando de comprometerse a fondo en una solución justa y definitiva del conflicto entre israelíes y palestinos; estoy hablando de promover más activamente los derechos humanos, el desarrollo económico, la justicia social y la igualdad de la mujer en el mundo árabe y musulmán; estoy hablando de fomentar el diálogo y la cooperación entre Europa y el mundo mediterráneo, entre Occidente y el mundo árabe e islámico. Todos tenemos un enemigo común: los fundamentalismos y el terrorismo internacional.

A. O. ¿Se arrepiente de la decisión sobre la retirada de las tropas españolas de Irak?

R. Z. No, al contrario. El tiempo está demostrando de forma rotunda que fue una decisión acertada, no hay nada más que mirar los telediarios. Le recuerdo que desde el principio me opuse a una intervención militar que vulneraba la legalidad internacional y abría una caja de Pandora muy peligrosa. Una vez en la presidencia del Gobierno, retiré las tropas españolas de Irak en cumplimiento de una promesa electoral, que estaba en sintonía con la voluntad de la inmensa mayoría de los españoles. Creo, además, que el momento de la retirada fue muy oportuno. De los contactos que mantuvimos con Estados Unidos extrajimos la conclusión de que no se iba a cumplir la condición explícita de nuestro compromiso electoral de que se transfiriera el mando a las Naciones Unidas, como efectivamente no ha sido el caso hasta la fecha. Y por otro lado, nuestras tropas empezaban a verse sometidas a un riesgo creciente que no tenía sentido afrontar en vano.

A. O. ¿Tiene Irak solución?

R. Z. Todo, o casi todo, tiene solución, incluso aunque cueste verla a corta distancia. La cuestión es si estamos dispuestos a tomar las decisiones que nos podrían acercar más rápidamente a la solución. En general, creo que cualquier crisis internacional requiere una combinación de diplomacia multilateral y de diálogo político entre las fuerzas domésticas, y que todo ello tiene mejores visos de prosperar cuando el proceso lo dirige las Naciones Unidas.

A. O. Pongámonos dentro de dos años. A principios de 2008. Francia tiene un nuevo presidente y una nueva Asamblea. Italia ha

pasado sus elecciones. Blair habrá cedido el número 10 de Downing Street a su sucesor o estará a punto de hacerlo. Es año de elecciones en Estados Unidos. Y se habrá agotado ya el periodo de reflexión sobre qué hacer con la Constitución europea. Empecemos por esto último: ¿Qué tiene que haber ocurrido para entonces? ¿Es aún rescatable la Constitución europea? ¿Cree que hay que pensar en "otra cosa"?

R. Z. Sinceramente, creo que la pregunta contiene tantas variables que tendremos que ir ajustando la reacción según se vayan produciendo los hechos. España ha ratificado la Constitución en referéndum y eso es una realidad, como lo es la ratificación, en el Parlamento o a través de consulta popular, de muchos otros Estados miembros. Pero también es una realidad que dos Estados la han rechazado en referéndum. De ahí el periodo de reflexión, porque estamos ante una situación para la que la propia Constitución no contiene una solución jurídica. A medida que se vayan despejando las variables iremos examinando la situación con nuestros socios europeos. El *tempo* es importante y anticipando las posibles propuestas se corre el riesgo de restarles efectividad. Pero, en todo caso, España entiende que el *no* francés y holandés fue un no a una propuesta concreta de articulación del proyecto europeo, pero no al proyecto en sí y a su profundización, a los que España no está dispuesta a renunciar de ningún modo.

A. O. ¿Ve usted algún peligro de marcha atrás en la integración europea?

R. Z. No. Lo que está en cuestión es a qué velocidad nos integramos y de qué forma. Creo que la interdependencia europea a todos los niveles, política, económica y crecientemente también en el ámbito social, garantiza que el proyecto europeo seguirá avanzando. Con crisis, con parones, como ha sido el caso desde su comienzo. Pero avanzando al fin y al cabo. Como lo estamos haciendo también ahora, porque no hay que olvidar que, pese a la crisis, las instituciones comunitarias siguen funcionando, legislando y velando por su correcta aplicación. Europa atraviesa un momento difícil, pero no más difícil que otros que ya ha logrado superar. Por mi parte, estoy convencido que la respuesta a la situación actual no es menos Europa, sino más Europa. ¿Qué otra

opción tenemos? Esta Unión es la que ha permitido que los europeos podamos disfrutar de un periodo de paz, de libertad y de bienestar sin precedentes en la historia de nuestro continente.

A. O. ¿Hay que reinventar Europa? A 25 o a 30 parece algo muy diferente a lo que era sólo recientemente a 15.

R. Z. Quizá "reinventar" sería excesivo, porque las ideas motrices del europeísmo son no sólo válidas, sino cada día más necesarias para nuestro continente y para el mundo. La Unión es un proyecto que sigue siendo absolutamente válido, un proyecto basado en un compromiso con la democracia, los derechos humanos, el libre mercado y la cohesión social y territorial que respeta la pluralidad de tradiciones y culturas. De lo que se trata es de que funcione mejor, de que los ciudadanos perciban mejor su valía y su utilidad. Y es cierto que las sucesivas ampliaciones hacen necesaria la adaptación de las estructuras originales a un número cada vez mayor de Estados miembros. Eso es precisamente lo que la Constitución ha intentado hacer: dotar a la Unión de un proceso más ágil para la toma de decisiones. Porque es evidente que la Unión de seis original, incluso con los sucesivos parches que se le han ido poniendo, no puede funcionar eficazmente a 25 o con más miembros.

A. O. ¿Deben fijarse límites geográficos a la UE?

R. Z. De hecho ya los tiene, en la medida en que es indispensable la pertenencia al continente europeo. Si Estambul no estuviera en Europa no se le habría abierto la perspectiva de adhesión a Turquía. Pero no es solo la geografía lo que define a la Unión Europea. En este sentido, el inicio de negociaciones para la entrada de Turquía es, sin duda, una buena noticia. Demuestra que Europa está unida en torno a unos principios y valores compartidos y deja claro que si un país realiza las reformas políticas, económicas y sociales necesarias puede aspirar a la integración en el club europeo. El comienzo de esas negociaciones deja claro que Europa no es exclusivamente un club cristiano. Dicho esto, Turquía debe seguir por la senda de las reformas que garanticen un absoluto cumplimiento de los derechos humanos, de la igualdad de las mujeres

y del Estado de Derecho.

A. O. Superada la negociación sobre las perspectivas financieras, ¿cuáles son los siguientes retos que tiene España en la UE? ¿Cómo se pasa de la cohesión a la excelencia?



Alianza: Kofi Annan y Zapatero en la Conferencia de Madrid contra el Terrorismo en marzo pasado.

R. Z. En primer lugar, permítame que le señale que la aprobación de las perspectivas financieras es una buena noticia para Europa, envía un mensaje positivo a los ciudadanos y a los agentes económicos y sociales tras unos meses de incertidumbre. Hablemos ahora de España. Lo primero a recordar es que, dado el vigoroso crecimiento económico español y dada la realidad de la ampliación a 10 nuevos países de economías situadas por debajo de la media de la Europa de los Quince, era obvio que España debía aceptar una reducción sustancial de los fondos de solidaridad. Pero mi Gobierno trabajó intensamente en los últimos 20 meses para impedir un corte abrupto, para impedir que el coste de la ampliación lo financiáramos sobre todo los menos ricos entre los Quince, y conseguir una transición, una reducción paulatina de los fondos clásicos. En ese sentido me felicito de que sigamos recibiendo fondos de cohesión hasta 2013 y de que durante todo este período sigamos siendo receptores netos en nuestra relación con la Unión Europea, es decir, vamos a recibir más de lo que aportamos. También es cierto que mi Gobierno está muy comprometido con el objetivo de mejorar la productividad y la competitividad de la economía española y, en general, de las economías europeas. Los fondos estructurales y el fondo de cohesión han sido un apoyo muy importante para las regiones y los países menos prósperos,

pero no han conseguido la equiparación en I+D, que es la clave para un crecimiento sostenido, para afrontar los retos de la globalización. Me parecía absolutamente prioritario garantizar el acceso a fondos suficientes que nos permitan corregir nuestro desequilibrio histórico en este campo y lo hemos conseguido. Tenemos un fondo tecnológico especial para España de 2.000 millones de euros.

A. O. Las encuestas suelen señalar que hay una mayoría de europeos y españoles a favor de una política exterior común europea, de un ejército europeo, de la UE como superpotencia, pero no a gastar lo necesario para conseguirlo. ¿Cree usted que los europeos en general, y España en particular, deben gastar más en seguridad? ¿Con qué prioridades?



Tan lejos, tan cerca: Blair y Zapatero ante el 10 de Downing Street en julio de 2005.

R. Z. Debemos, sin duda, mejorar la seguridad colectiva europea. Pero hay muchas maneras de hacerlo y no todas pasan por aumentar el gasto en armamentos. En primer lugar, se mejorará la seguridad colectiva a través de una mayor cohesión en política exterior. La política exterior europea ya existe y progresa cada día, como demuestran la asunción de la responsabilidad en Bosnia o la reciente misión para asegurar el acuerdo sobre el paso de Rafah en Palestina. Pero está claro que hay que seguir profundizando en ese campo. Y también hay enormes posibilidades por explotar a través de una mayor coordinación, una mayor integración de las industrias de armamento y de las Fuerzas Armadas de los países europeos, sin necesidad de incrementar por ello el gasto de un modo espectacular. Se trata, como han señalado varias propuestas de la Comisión Europea, de hacer más eficaz el gasto existente.

A. O. ¿Y en cuanto a Fuerzas Armadas? España está en la cola en lo que a gasto de Defensa se refiere? Incluso así, ¿se justifica lo que se gasta si España no puede poner más de 3.000 soldados a la vez en misiones en el exterior?

R. Z. Este Gobierno está haciendo grandes esfuerzos para mejorar las condiciones de nuestros militares, por ejemplo, a través de un aumento en sus retribuciones. Y me parece que las misiones en Afganistán, en Haití, nuestra presencia en los Balcanes, por citar sólo las más importantes, representan también un esfuerzo, a mi juicio considerable, de nuestro país para contribuir a la paz y la estabilidad internacionales. España tiene el peso que tiene y lo que sí podemos decir ahora es que nuestros soldados están allí donde los españoles, a través del Parlamento, quieren que estén.

A. O. Tenemos uno de los servicios exteriores más pequeños de la UE, al menos en comparación con Estados equivalentes y con algunos más pequeños. Es la reforma siempre pendiente.

R. Z. Estamos trabajando para mejorar esta situación. La transformación del servicio diplomático clásico a los retos del mundo moderno globalizado es una cuestión compleja a la que no sólo se enfrenta España. Tenemos un servicio exterior muy

valioso, que ha sabido cumplir con su deber pese a la relativa limitación de medios. Tenemos la voluntad y compromiso de mejorar su dotación y articular formas de que nuestro servicio exterior pueda mejorar la imagen y el peso de España de manera más eficaz. El informe sobre la reforma del servicio exterior elevado al Gobierno ha supuesto un esfuerzo de reflexión importante y creo que sienta las bases para que podamos afrontar esta asignatura pendiente con garantías.

A. O. ¿Puede Europa aguantar con tanta pobreza y miseria a sus puertas? ¿Qué hemos de hacer?

R. Z. No, los europeos no podemos consentirnos semejante irresponsabilidad. Por un principio de equidad elemental, porque es insufrible ver cómo los vecinos mueren de hambre, a mí al menos me resulta insufrible, y también por propio interés, para evitar oleadas migratorias incontroladas. La realidad actual de nuestros vecinos del Sur es muy grave, especialmente en el África subsahariana, complicada aún más en los últimos tiempos por una serie de plagas y sequías. Todo esto está causando serios desequilibrios que desbordan todas las fronteras. Los crecientes movimientos migratorios hacia el Norte están creando fuertes presiones en nuestros vecinos inmediatos del Magreb, que se han transformado ya en receptores de inmigración subsahariana. Y esta presión ha llegado a Europa, a Ceuta y Melilla, que son sus puertas de entrada, pero también al conjunto de la Unión, porque el bienestar europeo es el principal objetivo de los que emigran. Por eso, Europa debe implicarse más ante este fenómeno que nos toca a todos, y en este terreno mi Gobierno ha asumido un papel de liderazgo en los últimos meses. Tenemos que ayudar a nuestros vecinos del Sur. A los países del Magreb y a los países del África subsahariana. Los europeos tenemos que cooperar para reducir la pobreza y los desequilibrios, para que los jóvenes no tengan que abandonar sus países en busca de un futuro mejor.

A. O. En ayuda al desarrollo, su Gobierno está cumpliendo lo que prometió. Este año la AOD sube al 0,35% del PIB para llegar al 0,5% en 2008 y al 0,7% después. De poder elegir, ¿no sería más importante para las economías más desfavorecidas poder exportar que recibir ayuda? Parece que no queremos (demasiados) inmigrantes, pero tampoco sus tomates...

R. Z. No son elementos excluyentes sino complementarios. Hace falta un mayor esfuerzo en ayuda al desarrollo. En realidad, lo que hace falta es que cumplamos el compromiso internacional de destinar el 0,7% del PIB, tal como recogen los Objetivos del Milenio de Naciones Unidas para reducir el hambre y la pobreza. Este compromiso sólo lo han cumplido algunos países nórdicos, que se cuentan con los dedos de una mano. España está en camino de hacerlo. Hace falta también que sigamos abriendo nuestros mercados, pero no es cierto que no aceptemos sus tomates, al menos los de nuestros vecinos, por seguir el ejemplo mencionado. Europa ya está abriendo sus puertas a los productos agrícolas de los vecinos del sur del Mediterráneo. La Asociación Euromediterránea ha conseguido unas cuotas de acceso a Europa para los productos del Magreb muy sustanciales. Y las barreras para el comercio de productos manufacturados son aún menores. La reciente Cumbre Euromediterránea ha ratificado el objetivo de alcanzar lo más plenamente posible un área de libre comercio en el Mediterráneo para 2010. Todo esto ha permitido que la mayoría de nuestros vecinos haya aumentado considerablemente sus exportaciones a la Unión Europea en estos últimos diez años. Sin duda, este es un proceso progresivo que seguirá avanzando y los europeos tenemos que adaptarnos a él, concentrando nuestro esfuerzo productivo en áreas de mayor valor añadido. Y, por supuesto, vamos a seguir necesitando inmigrantes y por lo tanto tenemos que mejorar sustancialmente las vías para la emigración legal, de tal manera que los que emigren lo hagan con garantías y puedan integrarse plenamente en nuestras sociedades.

A. O. Esto nos ha llevado a la inmigración. La crisis en Ceuta y Melilla ha puesto de relieve que este ya no era un problema sólo español, sino europeo. ¿Qué espera usted de la UE a este respecto?

R. Z. Creo que la realidad ha golpeado a las puertas de

la Unión y ha hecho evidente la necesidad de actuar. Europa ha reconocido la importancia que tiene este fenómeno en el continente y, en buena medida, esto se debe a la iniciativa española. España es hoy el principal impulsor para que Europa se dote de una auténtica política sobre inmigración. El tema ya está instalado en la agenda europea y el propio presidente de la Comisión Europea, José Manuel Durão Barroso, señaló que se trata de una de las prioridades que se ha fijado la Unión. A propuesta de mi Gobierno, Europa destinará más de 800 millones de euros para combatir la inmigración ilegal y regular y ordenar la legal. Esas cantidades servirán para ampliar a toda la costa mediterránea el sistema de vigilancia que hoy existe en el estrecho de Gibraltar, para potenciar la cooperación entre Europa y los países de origen y de tránsito y para mejorar la integración de los inmigrantes en territorio europeo. Además, se destinará una parte importante de estos fondos a paliar las causas profundas de la inmigración, aumentando la cooperación y estimulando el crecimiento económico de los países más afectados. Estas primeras acciones forman parte de una amplia serie de medidas inmediatas y prácticas dentro de una estrategia global. Iniciativas como la puesta en funcionamiento de la Agencia Europea de Fronteras o la firma de tratados de readmisión con países terceros permitirán una mejor gestión de la inmigración. Países como España, Francia e Italia estamos avanzando en la creación del llamado espacio "Schengen del mar", una cooperación reforzada que aumentará el control marítimo en el Mediterráneo occidental a partir de enero para luchar contra las mafias que explotan la inmigración ilegal. A su vez, España y Francia estamos cooperando activamente junto con Marruecos en la preparación de una Conferencia ministerial euroafricana sobre inmigración en Rabat antes del verano, que deberá reunir a los principales países de origen, tránsito y destino de emigrantes, con el objetivo de acordar una gestión conjunta y positiva para todas las partes. Se trata de una conferencia que propusimos España y Marruecos y que ya ha recibido el respaldo de los 35 países de la Asociación Euromediterránea. Todo esto se complementará con una mayor ayuda al desarrollo de los países africanos emisores de emigrantes, para atajar el fenómeno en el origen. Como puede ver, el fenómeno inmigratorio, tal como a propuesto España, es a partir de ahora una de las prioridades de la agenda europea. Volver la vista a Europa, mejorar

las relaciones con nuestros vecinos, con los países de la Unión, con Francia, con Alemania, con Reino Unido, es, sin duda, la mejor política que puede seguir un Gobierno en España.

A. O. Francia está en crisis existencial y social.

Alemania, con la gran coalición, intenta resolver sus problemas internos, y con una visión más restrictiva y egoísta de Europa. ¿Sigue siendo conveniente su apuesta por acercarse al eje franco-alemán?

R. Z. Francia y Alemania son fundadores de la Unión, grandes economías y países muy cercanos a España, tanto por la vecindad de Francia como por la sustancial contribución histórica de Alemania a nuestro proceso de transición a la democracia, y también, por qué negarlo, a nuestro desarrollo económico como principal contribuyente neto al presupuesto comunitario. Así que me parece absolutamente conveniente seguir estrechando lazos con estos dos países que, sin duda, van a seguir siendo cruciales en el proceso de integración europea. Mis relaciones con Chirac y Villepin son, como es sobradamente conocido, excelentes, y la Asamblea Nacional me hizo el honor de convertirme en el primer presidente del Gobierno español en pronunciar allí un discurso. Con Angela Merkel ya tuve un Barcelona un primer encuentro muy cordial, en el que ella afirmó su disposición a mantener con mi Gobierno el tipo de relación estrecha que sostuvieron los de Köhl y Felipe González. Pero, por supuesto, no hay ninguna exclusividad. Tengo una excelente relación con Portugal, su Gobierno y su primer ministro. Y una intensa relación de trabajo con Reino Unido, Italia y Polonia, entre otros. Las amistades, alianzas y complicidades de España en el seno de la Unión Europea son múltiples.

A. O. Hay muchas cosas en común con el Reino Unido.

También diferencias. ¿Ve usted que se refuerce la relación entre Madrid y Londres? ¿Hay sintonía con el Nuevo Laborismo?

"Blair, al igual que yo, piensa que mejorar la seguridad ciudadana es de izquierdas, puesto que las principales víctimas de la delincuencia son las clases medias y populares"

R. Z. En éste, como en otros terrenos, los críticos

de mi Gobierno deberían poner su reloj en hora. Mis conocidas diferencias con Tony Blair sobre la guerra de Irak pertenecen al pasado. Los dos dejamos este tema atrás hace ya bastante tiempo. Tengo con él mucha sintonía política en muchos otros asuntos. He estudiado con atención la importante renovación del laborismo que llevó a cabo y que ha logrado romper con algunos prejuicios de la izquierda. Por ejemplo, Blair, al igual que yo, piensa que mejorar la seguridad ciudadana es de izquierdas, puesto que las principales víctimas de la delincuencia son de las clases medias y populares, ya que los más ricos pueden pagarse una seguridad privada. También estoy de acuerdo con su defensa de una economía abierta y competitiva, con un presupuesto público equilibrado y sin déficit crónico. Un partido de izquierdas no tiene por qué gobernar subiendo incesantemente los impuestos y los gastos. En España, los presupuestos de 2006 son los que incluyen más gasto social, en pensiones, en sanidad, en educación y en infraestructuras públicas, en mucho tiempo. Y todo esto sin subir los impuestos y manteniendo el rigor fiscal. No sólo sin déficit, sino con superávit. Por su puesto, también tengo mis puntos de desencuentro con Blair. Él es británico, y en su país hay una fuerte corriente de euroescepticismo, y yo soy español, y como la gran mayoría de los españoles, soy un europeísta convencido, un firme defensor de la construcción de una Europa fuerte. Pero, aún con esta diferencia, los dos coincidimos en la necesidad de reforzar algunos aspectos de la Unión, como aumentar la productividad y la competitividad y alcanzar metas más ambiciosas de inversión en I+D, tal como se acordó en la Agenda de Lisboa. Coincidimos a su vez en que la inmigración es un fenómeno que nos afecta a todos y que debe estar en el centro de la agenda europea. Y compartimos también el dolor por los ataques terroristas del 11-M en Madrid y del 7-J en Londres y la necesidad de darles respuestas múltiples, incluida la Alianza de Civilizaciones, que Blair apoyó explícitamente.

A. O. ¿Vamos a un mundo multipolar? ¿Quiere usted una Europa (aunque sea a menos) "potencia", es decir, que pese en el mundo?

R. Z. Creo que la Unión Europea es fundamentalmente buena para la ciudadanía europea que, gracias a ella, tiene garantías de paz, democracia y libre mercado en el horizonte temporal previsible. Pero

también creo que la Unión irradia una influencia positiva para el resto del mundo. Y, por tanto, sí quiero una Europa que cada vez más contribuya al bienestar internacional con misiones de paz, con logros históricos como la Corte Penal Internacional y el Protocolo de Kioto, promoviendo la abolición de la pena de muerte, siendo el mayor contribuyente mundial de ayuda al desarrollo, luchando contra la pobreza y las enfermedades y abogando por el desarrollo sostenido. Es decir, pienso que también el mundo necesita más Europa y no menos Europa.

A. O. ¿Cómo evolucionará la política exterior de EE UU en los próximos años?

"Estados Unidos puede y debe ser clave para que este siglo esté regido por el multilateralismo y el respeto de la legalidad internacional, por el continuo avance de los derechos humanos y la democracia"

R. Z. Francamente, creo que es mejor dejar las predicciones para otros con más libertad para equivocarse. Sí le puedo decir lo que yo deseo, lo que yo espero de un Estados Unidos que ha realizado una contribución sin parangón al progreso de la democracia y la libertad en el mundo. Estados Unidos fue crucial para acortar la Primera Guerra Mundial. Estados Unidos fue todavía más crucial para detener a Hitler y crear Naciones Unidas. Y también para apoyar desde fuera el proceso de integración europea, que no se olvide, o para la creación del GATT, hoy reemplazado por la Organización Mundial de Comercio. Y lo que yo deseo es que Estados Unidos siga haciendo esa contribución en el siglo XXI. Estados Unidos puede y debe ser clave para que este siglo esté regido por el multilateralismo y el respeto de la legalidad internacional, por el continuo avance de los derechos humanos y la democracia. Y deseo que más pronto que tarde se incorpore a aquellas áreas en las que la Unión Europea ha tenido que avanzar sin este gran aliado, como la Corte Penal Internacional o el Protocolo de Kioto. Con los europeos y los estadounidenses trabajando en sintonía, la libertad y la seguridad internacionales son más fuertes.

A. O. Sin duda, su Gobierno ha hecho una de sus prioridades restablecer unas buenas relaciones con Marruecos. El país parece sin embargo algo parado en sus reformas. Y las relaciones con Argelia han empeorado.

Tras la Cumbre Euromediterránea de Barcelona, ¿qué hacer? ¿Cómo impulsar el desarrollo y la integración del Magreb?

R. Z. Marruecos, sin duda, es una prioridad de nuestra política exterior y mi Gobierno ha logrado restablecer con ese país unas relaciones que se habían deteriorado de modo ostensible, peligroso incluso. Pero no estoy de acuerdo con su valoración sobre el proceso de reformas en Marruecos. Al contrario, los grandes organismos internacionales, como la Comisión Europea y el Banco Mundial, son unánimes sobre la solidez y el buen ritmo del proceso. En el mundo árabe, Marruecos compite con Jordania por el primer puesto del *ranking* reformista. Es indudable que esas reformas necesitan de cierto tiempo para que sus resultados sean palpables. Pero Marruecos ha mejorado la situación de la mujer como no lo ha hecho ningún país árabe, estudia una ambiciosa ley de partidos políticos y sigue profundizando en la apertura y liberalización económicas. Está claro que Marruecos también afronta grandes retos, desde el control de la demografía hasta la mejora del Estado de Derecho, pasando por la presión migratoria subsahariana. Y lo que debemos hacer desde España, lo que está haciendo mi Gobierno, es ayudarle a afrontar esos retos desde la amistad y la buena vecindad. También es verdad que otro de esos retos es la mejora de sus relaciones con Argelia. España es firme partidaria no sólo de esa mejora sino de la verdadera puesta en marcha del proceso de integración magrebí. Permítame ahora que rechace la idea contenida en su pregunta de un supuesto empeoramiento de las relaciones de España con Argelia, que es un país que también consideramos estratégico. Con Buteflika, con el que me he visto en Argel y en Madrid, tengo una buena relación y él tuvo la amabilidad de invitarme a pronunciar un discurso ante la cumbre de la Liga Árabe, por no mencionar que estamos trabajando conjuntamente en la perspectiva del segundo gaseoducto entre nuestros países. Vamos a ver, lo que ha cambiado con mi Gobierno es una cierta tendencia del pasado a que prevalezca unas veces la relación con Marruecos y otras con Argelia. Ese juego se acabó. Nosotros no vemos las relaciones con Marruecos y con Argelia como un juego de suma cero. Al contrario, queremos tener relaciones cada vez más fluidas con cada uno de ellos para abordar las cuestiones bilaterales y contribuir también a la resolución de cuestiones de interés común, como el conflicto del Sáhara Occidental. El fin de este largo conflicto

es una prioridad para resolver la situación humanitaria de la población saharauí y para impulsar la integración regional del Magreb. Nuestra posición sobre el Sáhara Occidental no ha cambiado. Seguimos abogando por una solución justa, definitiva y acorde con la legalidad internacional, que debe alcanzarse con la ayuda de y en el marco de Naciones Unidas. Lo que sí ha cambiado en relación al pasado es que ahora intentamos ser más activos en la búsqueda de esa solución.

A. O. Ha lanzado la iniciativa de una Alianza de Civilizaciones, que mencionó antes. Parece, fundamentalmente, un proyecto político y social. Pero ¿ve usted en el horizonte que conduzca a medidas concretas operativas? ¿A un tratado?

R. Z. La Alianza de Civilizaciones ya es un proyecto concreto, materializado en los trabajos del Grupo de Alto Nivel de Naciones Unidas, que tuvieron su primera reunión en Mallorca a finales de noviembre. Esta reunión representa un avance formidable, si se recuerda que lancé esta iniciativa hace poco más de un año. En este breve lapso de tiempo, la Alianza de Civilizaciones ha recogido un sinnúmero de apoyos significativos, entre ellos el de líderes mundiales, como Tony Blair y Kofi Annan, y el de foros internacionales como la Asamblea General de la ONU, la Conferencia Iberoamericana y la Liga Árabe. Hemos avanzado mucho. Desde luego, mucho más de lo que vaticinaban algunos agoreros que me acusaron de ingenuo y de iluso tras mi discurso en la Asamblea General de 2004. Este gran avance y estos respaldos son también una medida de que esta iniciativa viene a llenar un vacío existente. Hasta ahora nadie había centrado lo suficiente la atención mundial en la necesidad de actuar contra el abismo que algunos pretenden crear entre Occidente y el mundo islámico. Es un reto a medio y largo plazo muy complejo y, sin duda, es mucho más fácil no intentarlo. Pero estoy convencido de que el diálogo y la cooperación son la respuesta estratégica en la lucha contra el terrorismo internacional, el complemento político, social y cultural necesario de la acción policial y judicial. La Alianza de Civilizaciones es un arma para atacar a las ideologías extremistas que fomentan el odio, el radicalismo, la xenofobia y la discriminación, un instrumento para ganar la batalla de los corazones y las mentes. Esta iniciativa está ahora en manos del secretario general de Naciones Unidas y confío en que los trabajos que se están llevando a cabo nos dotarán de iniciativas

concretas en los terrenos de la política, la educación, los medios de comunicación de masas, la cooperación internacional. Las cosas van por bastante buen camino. Así al menos opinan nuestros socios europeos, que manifestaron su adhesión explícita a la iniciativa en una reunión específica que mantuvimos en la reciente Cumbre Euromediterránea de Barcelona.



Brecha: Bush saluda al presidente del Gobierno español durante la Cumbre de la OTAN hace un año.

A. O. Desde la visita del presidente Hu Jintao a Madrid, España se ha convertido en socio estratégico de China. Pero nuestras empresas, con alguna excepción, están retrasadas en su presencia en China respecto a otros países de nuestro entorno.

R. Z. El Gobierno está haciendo un gran esfuerzo para mejorar la presencia española en China. En un nuevo ejemplo de la intensa actividad internacional desplegada por mi Gobierno, en el segundo semestre de 2005 hemos avanzado de forma notable en las relaciones bilaterales. Primero con mi visita a Pekín el mes de julio y luego con la visita a Madrid del presidente Hu Jintao en noviembre. Es un gigante emergente y es muy importante que nuestros agentes económicos participen de su crecimiento. Hay un ejemplo clarísimo que demuestra la virtud de la cooperación mutua. España, destino turístico de primer orden, puede beneficiarse de los millones de turistas chinos que empiezan a disfrutar de su ocio fuera y que lo harán cada vez más en los próximos años. Y, al mismo tiempo, la industria turística española puede ser muy útil para el desarrollo turístico de China, que también está llamada a convertirse en un destino importante en los próximos años. La apertura de un Instituto Cervantes en Pekín y de un

Instituto Confucio en Madrid nos ayudará a acercar nuestras culturas y dar más visibilidad a España en aquel país. Pero hay mucho más, por supuesto, porque nuestras empresas tienen mucho que aportar en otros sectores clave, como por ejemplo, el tratamiento de residuos. Acabamos de lanzar el Plan Asia en el que China tiene un papel importante. Y el Ministerio de Industria lanzó hace unos meses un plan integral para China que ya está empezando a dar resultados concretos. Sí, también aquí estamos trabajando en recuperar el terreno perdido.

A. O. Pero una de las asignaturas pendientes de la política exterior española es otro país en ascenso: India.

R. Z. Efectivamente, India es la mayor democracia del mundo y tiene unos niveles de crecimiento también impresionantes, aunque generalmente se les preste menos atención que a los de China. El Plan Asia también incluye una serie de actuaciones importantes en India, país que tengo intención de visitar en cuanto sea posible.

A. O. Lula era un referente central para toda América Latina. Pero día a día se ve rodeado de más problemas de corrupción en su partido. ¿Qué referentes tendrá ahora América Latina en año de elecciones casi en todo el continente?

R. Z. Brasil va a seguir siendo un referente en América Latina, como México, Argentina, Chile y otros, con independencia de los problemas de política interna que puedan surgir y de cómo se resuelvan. Creo que las perspectivas actuales de América Latina son bastante buenas, pese a los problemas puntuales de éste o aquel país. Las economías están creciendo a un ritmo sin precedentes en las últimas décadas y se está consolidando el Estado de Derecho. En cuanto a mi Gobierno, al igual que lo ha hecho en los terrenos europeo y mediterráneo, hemos retomado la tradicional buena relación española con América Latina, una relación basada en la igualdad y la solidaridad, y con esa filosofía me va usted a permitir que no le exprese opiniones sobre líderes elegidos democráticamente. Lo importante es que España está absolutamente comprometida con la consolidación de la democracia y del desarrollo económico en América Latina y con la consecución de una mayor cohesión social y territorial. Y lo va a seguir estando. La celebración

de la Cumbre Iberoamericana en Salamanca, el pasado octubre, es una prueba más del compromiso de España. Esta Cumbre ha significado la puesta en marcha de la Secretaría General Iberoamericana, una institución que dará una voz propia a los 22 países que integramos esta comunidad.

A. O. ¿Qué le sugieren estos tres nombres: Evo Morales, Chávez y Castro?

R. Z. Evo Morales acaba de ganar y, por tanto, tenemos que tener un tiempo de espera, e intentar ayudar a un país que tiene una problemática social y de cohesión territorial muy importante. Venezuela arrastra una situación difícil desde la caída del sistema tradicional de partidos. Más allá de lo que pueda generar la figura de Hugo Chávez, que tiene que ser respetada porque ha sido votada, la pregunta es por qué se produjo la destrucción de un sistema de partidos caracterizado por Adeco y Copei. Porque ahí han influido factores que tienen mucho que ver con la visión, equivocada en mi opinión, que a veces se tiene de Latinoamérica, y de las peores prácticas en la acción de los gobiernos. Venezuela es un país que necesita un proceso de desarrollo y consolidación de instituciones democráticas, y no ha asido una buena noticia que la oposición no participara en las elecciones legislativas. Ganando Chávez o quien sea, España quiere tener una buena relación con Venezuela, pero también que en Venezuela haya unos parámetros que puedan ser reconocidos como democráticos.

No conozco a Fidel Castro. Nunca he hablado con él. Lo único que sé es que España tiene una relación intensa con Cuba, por razones históricas muy fuertes, y lo que deseamos es que Cuba evolucione. No creemos que dé resultado el bloquear, el hacer sólo una política de oposición. Hay que combinar. Hay que hacer una política de exigencias, pero también intentar ayudar en esa evolución.

Esta es la versión íntegra de la entrevista, que se realizó en parte por escrito y en parte en persona.

FP

EDICIÓN ESPAÑOLA cumple dos años. En

este tiempo, hemos visto el 11-M, un nuevo Gobierno a raíz de las elecciones del 14-M y un cambio en la política exterior de España. Es un

buen momento para repasar la visión del mundo de José Luis Rodríguez Zapatero, y su diplomacia, que algunos críticos ven como uno de sus

. Andrés Ortega



Andrés Ortega. Sus críticos le reprochan que usted no se interesa lo suficiente por la política exterior, que la agenda interna absorbe la mayor parte de su energía.

José Luis Rodríguez Zapatero. No lo creo, no. Para empezar, ¿dónde están los límites entre política nacional y política exterior en estos tiempos de la globalización? Combatir el terrorismo de Al Qaeda, ¿qué es, nacional o internacional? O, por citar otro ejemplo, negociar los presupuestos de la Unión Europea tiene una clarísima doble dimensión: española y comunitaria. Pero, en fin, incluso en términos clásicos, me parece que tengo una intensa agenda internacional. Permítame que repasemos tan solo las actividades del último trimestre de 2005, que ha coincidido además con asuntos de peso de la agenda interna. En estos últimos meses he viajado a Francia, Portugal e Italia para celebrar cumbres bilaterales, he estado en Londres y en Bruselas para negociar los presupuestos de la Unión Europea, he participado en Rabat en los actos del 50º aniversario de su independencia y he firmado en Madrid una serie de importantes acuerdos con el presidente chino Hu Jintao... Aun más, en España se han celebrado en estos meses dos grandes eventos internacionales, la Cumbre Euromediterránea en Barcelona y la Cumbre Iberoamericana en Salamanca, que en conjunto reunieron a los gobiernos de unos sesenta países. Ah, y en Mallorca he tenido la satisfacción de ver cómo una iniciativa española, la Alianza de Civilizaciones, comienza a transformarse en un instrumento tangible para la comunidad internacional con los trabajos del Grupo de Alto Nivel de Naciones Unidas. Así que en estos últimos meses hemos podido

recoger los frutos de un intenso trabajo a escala mundial y hemos consolidado la posición que España viene construyéndose desde que llegué al Gobierno. Hoy, mantenemos excelentes relaciones con todos nuestros vecinos directos, que es la principal obligación en política exterior de un Gobierno. Las tenemos, y simultáneamente, con Francia, Portugal, Marruecos, Italia y Argelia. Hoy, España es en el mundo sinónimo de paz, de acción multilateral, de legalidad internacional, de promoción de las libertades y de la igualdad, de lucha contra el terrorismo con la acción policial, pero también con el encuentro entre culturas... España es sinónimo de diálogo y de cooperación. Supongo que todos estos hechos ponen lo suficientemente claro la importancia que tiene para mí una acción internacional decidida.

A. O. En los sistemas democráticos, la dinámica de la integración europea y otros factores hacen que la figura del presidente de Gobierno, o del jefe del Estado en los sistemas presidencialistas, concentren en su persona la política exterior. En el caso español, ¿quién marca las grandes líneas de la política exterior? ¿El presidente del Gobierno? ¿Colegiadamente el Consejo de Ministros? ¿El ministro Moratinos o el ministro Bono?

R. Z. La marca el presidente del Gobierno. En todas las democracias hoy en día la política exterior ocupa aproximadamente el 50% del tiempo de la acción de un jefe de Gobierno o de Estado. Es incuestionablemente un tema muy, muy situado en la presidencia del Gobierno, pero no sólo en España, prácticamente en todos los países.

A. O. ¿Y Moratinos, o Bono?

R. Z. El desencuentro que hubo sobre si se vendían a Angola 10 aviones fue una anécdota.

A. O. ¿Y respecto a Venezuela?

R. Z. La agenda respecto a Venezuela ha sido fijada por el presidente del Gobierno, y en este caso también por el Consejo de Ministros, que sí ha deliberado sobre ella, aunque no puedo desvelar el contenido.

A. O. ¿Cree usted que el debate interno sobre el modelo de Estado puede, según cómo, debilitar nuestra posición en el exterior?

R. Z. El debate interno sobre el desarrollo del modelo territorial no tiene mayor incidencia en la política exterior, que es una competencia exclusiva del Estado. Sin embargo, en la medida en que seamos capaces, como estoy seguro de que lo seremos, de articular un Estado en el que todos podamos sentirnos más cómodos y en el que el ejercicio de competencias sea más acorde con nuevos fenómenos que no existían en 1978, creo que la mayor cohesión interna se proyectará también en fortaleza hacia el exterior. En este terreno quiero recordarle que otra de las novedades en política internacional de mi Gobierno es la participación de las comunidades autónomas fronterizas en las cumbres bilaterales con países como Francia o Portugal.

A. O. ¿Es usted un pacifista?

R. Z. Soy un defensor de la paz. Me gusta la paz, trabajo para la paz y estoy convencido de que la resolución de los conflictos por la vía del diálogo y la diplomacia, es la manera más apropiada y también la más eficaz de preservar nuestra libertad y nuestra seguridad. Soy un pacifista sin reservas, si por pacifista se entiende el respeto y la adhesión a la Carta de Naciones Unidas, que incluye, como todo el mundo sabe, el derecho a la legítima defensa en caso de un ataque exterior. Como también la posibilidad de organizar misiones humanitarias en el exterior debidamente autorizadas por el Consejo de Seguridad. En esto me identifico plenamente con lo que ya constituye una larga tradición española de participación. No creo que la solidaridad con los europeos y atlánticos, a través de la cual España articula su defensa, sea incompatible con la definición de pacifista. La defensa de la paz no está reñida con el uso de la fuerza cuando ésta es necesaria. Luchas como las libradas contra el nazismo y el fascismo son un claro ejemplo de ello.

A. O. ¿Se considera *duro* o *blando* en su diplomacia?

"Una de las realidades imparables del siglo XXI es el fenómeno de la globalización, que camina más deprisa que el pensamiento, y ante el que los gobiernos tienen una preparación escasa"

R. Z. Ni lo uno ni lo otro. Me considero una persona de firmes principios y valores. Soy absolutamente tajante en lo que se refiere a la necesidad de respetar la legalidad internacional. También sobre la necesidad de promover los derechos humanos y de erradicar la pobreza extrema. Y, por supuesto, tanto en el orden interno como en política exterior, soy un enemigo radical del terrorismo y un defensor a ultranza de la necesidad de mejorar la coordinación internacional para prevenirlo y hacerle frente.

A. O. ¿Cuáles son sus principales referentes históricos en política exterior?

R. Z. No soy mitómano y creo que es difícil transponer las políticas concretas seguidas en un momento histórico a otro en el que, necesariamente, las circunstancias son muy distintas. Pero, haciendo un esfuerzo para tratar de responder a la pregunta, me quedaría con la perseverancia en su lucha por la igualdad de derechos de Nelson Mandela. También citarí a Roosevelt, que fue consciente de la necesidad de hacer frente al nazismo, o a Kennedy, autor de la frase "pregúntate qué es lo que puedes hacer tú por tu país". Los socialdemócratas europeos, como Olof Palme y Willy Brandt, que tanto hicieron por la construcción de un Estado de bienestar que mejore las condiciones de vida de los europeos y que tanto lucharon por la democracia en el mundo, también merecen mi admiración. Y, por supuesto, incluiría en la lista también a Jean Monnet, gran precursor de la integración europea, que me sigue pareciendo uno de los proyectos más interesantes y productivos de la historia.

A. O. Y además de personalidades, ¿qué acontecimientos constituyen sus referentes en política internacional?

R. Z. Dos cuestiones van a marcar el decurso de la visión del mundo del siglo XXI. Uno es la caída del muro de Berlín. Abrió el mundo y obligó a construir una nueva idea de Europa. En cierta medida, puso en crisis todo un sistema construido desde la lógica de la guerra fría. Y la segunda realidad es el fenómeno imparable

de la globalización, que camina más deprisa que el pensamiento, y ante el que los Gobiernos tienen una preparación escasa. La globalización es en última instancia la consecuencia de la revolución tecnológica que va a ir más deprisa que el pensamiento político.

A. O. ¿Es el nuevo terrorismo transnacional un mal endémico que combatir, pero también conllevar?

R. Z. Lamentablemente, la lucha contra el terrorismo internacional no es una lucha a corto plazo. Hay que darle una respuesta inmediata a través de una intensa y enérgica acción policial y judicial, que aún tiene mucho que mejorar en su coordinación internacional. En este campo de la acción directa contra el terrorismo internacional, España tiene una posición líder, con casi 200 detenciones de presuntos terroristas vinculados a las redes de Al Qaeda desde abril de 2004. Pero la lucha policial por sí sola no es suficiente. También es fundamental dar una respuesta de gran calado que contribuya a cerrar la brecha que algunos, en uno y otro lado, pretenden ensanchar entre Occidente y el mundo árabe y musulmán. Es indispensable desecar los pantanos donde germina y se fortalece la plaga de ese terrorismo salvaje que hemos sufrido en Nueva York, en Bali, en Casablanca, en Madrid, en Londres, en Sharm el Sheij, en Ammán... Estoy hablando de intentar escuchar lo que sienten y experimentan esa inmensa mayoría deseosa de paz de los pueblos árabes y musulmanes que, demasiado frecuentemente, percibe que Occidente maneja un doble rasero en política exterior del que casi siempre ellos salen perdiendo. Estoy hablando de comprometerse a fondo en una solución justa y definitiva del conflicto entre israelíes y palestinos; estoy hablando de promover más activamente los derechos humanos, el desarrollo económico, la justicia social y la igualdad de la mujer en el mundo árabe y musulmán; estoy hablando de fomentar el diálogo y la cooperación entre Europa y el mundo mediterráneo, entre Occidente y el mundo árabe e islámico. Todos tenemos un enemigo común: los fundamentalismos y el terrorismo internacional.

A. O. ¿Se arrepiente de la decisión sobre la retirada de las tropas españolas de Irak?

R. Z. No, al contrario. El tiempo está demostrando de forma rotunda que fue una decisión acertada, no hay nada más

que mirar los telediarios. Le recuerdo que desde el principio me opuse a una intervención militar que vulneraba la legalidad internacional y abría una caja de Pandora muy peligrosa. Una vez en la presidencia del Gobierno, retiré las tropas españolas de Irak en cumplimiento de una promesa electoral, que estaba en sintonía con la voluntad de la inmensa mayoría de los españoles. Creo, además, que el momento de la retirada fue muy oportuno. De los contactos que mantuvimos con Estados Unidos extrajimos la conclusión de que no se iba a cumplir la condición explícita de nuestro compromiso electoral de que se transfiriera el mando a las Naciones Unidas, como efectivamente no ha sido el caso hasta la fecha. Y por otro lado, nuestras tropas empezaban a verse sometidas a un riesgo creciente que no tenía sentido afrontar en vano.

A. O. ¿Tiene Irak solución?

R. Z. Todo, o casi todo, tiene solución, incluso aunque cueste verla a corta distancia. La cuestión es si estamos dispuestos a tomar las decisiones que nos podrían acercar más rápidamente a la solución. En general, creo que cualquier crisis internacional requiere una combinación de diplomacia multilateral y de diálogo político entre las fuerzas domésticas, y que todo ello tiene mejores visos de prosperar cuando el proceso lo dirige las Naciones Unidas.

A. O. Pongámonos dentro de dos años. A principios de 2008. Francia tiene un nuevo presidente y una nueva Asamblea. Italia ha pasado sus elecciones. Blair habrá cedido el número 10 de Downing Street a su sucesor o estará a punto de hacerlo. Es año de elecciones en Estados Unidos. Y se habrá agotado ya el periodo de reflexión sobre qué hacer con la Constitución europea. Empecemos por esto último: ¿Qué tiene que haber ocurrido para entonces? ¿Es aún rescatable la Constitución europea? ¿Cree que hay que pensar en "otra cosa"?

R. Z. Sinceramente, creo que la pregunta contiene tantas variables que tendremos que ir ajustando la reacción según se vayan produciendo los hechos. España ha ratificado la Constitución en referéndum y eso es una realidad, como lo es la ratificación, en el Parlamento o a través de consulta popular, de muchos otros Estados miembros. Pero también es una realidad que dos Estados la han rechazado

en referéndum. De ahí el periodo de reflexión, porque estamos ante una situación para la que la propia Constitución no contiene una solución jurídica. A medida que se vayan despejando las variables iremos examinando la situación con nuestros socios europeos. El *tempo* es importante y anticipando las posibles propuestas se corre el riesgo de restarles efectividad. Pero, en todo caso, España entiende que el *no* francés y holandés fue un no a una propuesta concreta de articulación del proyecto europeo, pero no al proyecto en sí y a su profundización, a los que España no está dispuesta a renunciar de ningún modo.

A. O. ¿Ve usted algún peligro de marcha atrás en la integración europea?

R. Z. No. Lo que está en cuestión es a qué velocidad nos integramos y de qué forma. Creo que la interdependencia europea a todos los niveles, política, económica y crecientemente también en el ámbito social, garantiza que el proyecto europeo seguirá avanzando. Con crisis, con parones, como ha sido el caso desde su comienzo. Pero avanzando al fin y al cabo. Como lo estamos haciendo también ahora, porque no hay que olvidar que, pese a la crisis, las instituciones comunitarias siguen funcionando, legislando y velando por su correcta aplicación. Europa atraviesa un momento difícil, pero no más difícil que otros que ya ha logrado superar. Por mi parte, estoy convencido que la respuesta a la situación actual no es menos Europa, sino más Europa. ¿Qué otra opción tenemos? Esta Unión es la que ha permitido que los europeos podamos disfrutar de un periodo de paz, de libertad y de bienestar sin precedentes en la historia de nuestro continente.

A. O. ¿Hay que reinventar Europa? A 25 o a 30 parece algo muy diferente a lo que era sólo recientemente a 15.

R. Z. Quizá "reinventar" sería excesivo, porque las ideas motrices del europeísmo son no sólo válidas, sino cada día más necesarias para nuestro continente y para el mundo. La Unión es un proyecto que sigue siendo absolutamente válido, un proyecto basado en un compromiso con la democracia, los derechos humanos, el libre mercado y la cohesión social y territorial que respeta la pluralidad

de tradiciones y culturas. De lo que se trata es de que funcione mejor, de que los ciudadanos perciban mejor su valía y su utilidad. Y es cierto que las sucesivas ampliaciones hacen necesaria la adaptación de las estructuras originales a un número cada vez mayor de Estados miembros. Eso es precisamente lo que la Constitución ha intentado hacer: dotar a la Unión de un proceso más ágil para la toma de decisiones. Porque es evidente que la Unión de seis original, incluso con los sucesivos parches que se le han ido poniendo, no puede funcionar eficazmente a 25 o con más miembros.

A. O. ¿Deben fijarse límites geográficos a la UE?

R. Z. De hecho ya los tiene, en la medida en que es indispensable la pertenencia al continente europeo. Si Estambul no estuviera en Europa no se le habría abierto la perspectiva de adhesión a Turquía. Pero no es solo la geografía lo que define a la Unión Europea. En este sentido, el inicio de negociaciones para la entrada de Turquía es, sin duda, una buena noticia. Demuestra que Europa está unida en torno a unos principios y valores compartidos y deja claro que si un país realiza las reformas políticas, económicas y sociales necesarias puede aspirar a la integración en el club europeo. El comienzo de esas negociaciones deja claro que Europa no es exclusivamente un club cristiano. Dicho esto, Turquía debe seguir por la senda de las reformas que garanticen un absoluto cumplimiento de los derechos humanos, de la igualdad de las mujeres y del Estado de Derecho.

A. O. Superada la negociación sobre las perspectivas financieras, ¿cuáles son los siguientes retos que tiene España en la UE? ¿Cómo se pasa de la cohesión a la excelencia?



Alianza: Kofi Annan y Zapatero en la Conferencia de Madrid contra el Terrorismo en marzo pasado.

R. Z. En primer lugar, permítame que le señale que la aprobación de las perspectivas financieras es una buena noticia para Europa, envía un mensaje positivo a los ciudadanos y a los agentes económicos y sociales tras unos meses de incertidumbre. Hablemos ahora de España. Lo primero a recordar es que, dado el vigoroso crecimiento económico español y dada la realidad de la ampliación a 10 nuevos países de economías situadas por debajo de la media de la Europa de los Quince, era obvio que España debía aceptar una reducción sustancial de los fondos de solidaridad. Pero mi Gobierno trabajó intensamente en los últimos 20 meses para impedir un corte abrupto, para impedir que el coste de la ampliación lo financiáramos sobre todo los menos ricos entre los Quince, y conseguir una transición, una reducción paulatina de los fondos clásicos. En ese sentido me felicito de que sigamos recibiendo fondos de cohesión hasta 2013 y de que durante todo este período sigamos siendo receptores netos en nuestra relación con la Unión Europea, es decir, vamos a recibir más de lo que aportamos. También es cierto que mi Gobierno está muy comprometido con el objetivo de mejorar la productividad y la competitividad de la economía española y, en general, de las economías europeas. Los fondos estructurales y el fondo de cohesión han sido un apoyo muy importante para las regiones y los países menos prósperos, pero no han conseguido la equiparación en I+D, que es la clave para un crecimiento sostenido, para afrontar los retos de la globalización. Me parecía absolutamente prioritario garantizar el acceso a fondos suficientes que nos permitan corregir nuestro desequilibrio histórico en este campo y lo hemos conseguido. Tenemos un fondo tecnológico especial para España

de 2.000 millones de euros.

A. O. Las encuestas suelen señalar que hay una mayoría de europeos y españoles a favor de una política exterior común europea, de un ejército europeo, de la UE como superpotencia, pero no a gastar lo necesario para conseguirlo. ¿Cree usted que los europeos en general, y España en particular, deben gastar más en seguridad? ¿Con qué prioridades?



Tan lejos, tan cerca: Blair y Zapatero ante el 10 de Downing Street en julio de 2005.

R. Z. Debemos, sin duda, mejorar la seguridad colectiva europea. Pero hay muchas maneras de hacerlo y no todas pasan por aumentar el gasto en armamentos. En primer lugar, se mejorará la seguridad colectiva a través de una mayor cohesión en política exterior. La política exterior europea ya existe y progresa cada día, como demuestran la asunción de la responsabilidad en Bosnia o la reciente misión para asegurar el acuerdo sobre el paso de Rafah en Palestina. Pero está claro que hay que seguir profundizando en ese campo. Y también hay enormes posibilidades por explotar a través de una mayor coordinación, una mayor integración de las industrias de armamento y de las Fuerzas Armadas de los países europeos, sin necesidad de incrementar por ello el gasto de un modo espectacular. Se trata, como han señalado varias propuestas de la Comisión Europea, de hacer más eficaz el gasto existente.

A. O. ¿Y en cuanto a Fuerzas Armadas? España está en la cola en lo que a gasto de Defensa se refiere? Incluso así, ¿se justifica lo que se gasta si España no puede poner más de 3.000 soldados a la vez en misiones en el exterior?

R. Z. Este Gobierno está haciendo grandes esfuerzos para mejorar las condiciones de nuestros militares, por ejemplo, a través de un aumento en sus retribuciones. Y me parece que las misiones en Afganistán, en Haití, nuestra presencia en los Balcanes, por citar sólo las más importantes, representan también un esfuerzo, a mi juicio considerable, de nuestro país para contribuir a la paz y la estabilidad internacionales. España tiene el peso que tiene y lo que sí podemos decir ahora es que nuestros soldados están allí donde los españoles, a través del Parlamento, quieren que estén.

A. O. Tenemos uno de los servicios exteriores más pequeños de la UE, al menos en comparación con Estados equivalentes y con algunos más pequeños. Es la reforma siempre pendiente.

R. Z. Estamos trabajando para mejorar esta situación. La transformación del servicio diplomático clásico a los retos del mundo moderno globalizado es una cuestión compleja a la que no sólo se enfrenta España. Tenemos un servicio exterior muy valioso, que ha sabido cumplir con su deber pese a la relativa limitación de medios. Tenemos la voluntad y compromiso de mejorar su dotación y articular formas de que nuestro servicio exterior pueda mejorar la imagen y el peso de España de manera más eficaz. El informe sobre la reforma del servicio exterior elevado al Gobierno ha supuesto un esfuerzo de reflexión importante y creo que sienta las bases para que podamos afrontar esta asignatura pendiente con garantías.

A. O. ¿Puede Europa aguantar con tanta pobreza y miseria a sus puertas? ¿Qué hemos de hacer?

R. Z. No, los europeos no podemos consentirnos semejante irresponsabilidad. Por un principio de equidad elemental, porque es insufrible ver cómo los vecinos mueren de hambre, a mí al menos me resulta insufrible, y también por propio interés, para evitar oleadas migratorias incontroladas. La realidad actual de nuestros vecinos del Sur es

muy grave, especialmente en el África subsahariana, complicada aún más en los últimos tiempos por una serie de plagas y sequías. Todo esto está causando serios desequilibrios que desbordan todas las fronteras. Los crecientes movimientos migratorios hacia el Norte están creando fuertes presiones en nuestros vecinos inmediatos del Magreb, que se han transformado ya en receptores de inmigración subsahariana. Y esta presión ha llegado a Europa, a Ceuta y Melilla, que son sus puertas de entrada, pero también al conjunto de la Unión, porque el bienestar europeo es el principal objetivo de los que emigran. Por eso, Europa debe implicarse más ante este fenómeno que nos toca a todos, y en este terreno mi Gobierno ha asumido un papel de liderazgo en los últimos meses. Tenemos que ayudar a nuestros vecinos del Sur. A los países del Magreb y a los países del África subsahariana. Los europeos tenemos que cooperar para reducir la pobreza y los desequilibrios, para que los jóvenes no tengan que abandonar sus países en busca de un futuro mejor.

A. O. En ayuda al desarrollo, su Gobierno está cumpliendo lo que prometió. Este año la AOD sube al 0,35% del PIB para llegar al 0,5% en 2008 y al 0,7% después. De poder elegir, ¿no sería más importante para las economías más desfavorecidas poder exportar que recibir ayuda? Parece que no queremos (demasiados) inmigrantes, pero tampoco sus tomates...

R. Z. No son elementos excluyentes sino complementarios. Hace falta un mayor esfuerzo en ayuda al desarrollo. En realidad, lo que hace falta es que cumplamos el compromiso internacional de destinar el 0,7% del PIB, tal como recogen los Objetivos del Milenio de Naciones Unidas para reducir el hambre y la pobreza. Este compromiso sólo lo han cumplido algunos países nórdicos, que se cuentan con los dedos de una mano. España está en camino de hacerlo. Hace falta también que sigamos abriendo nuestros mercados, pero no es cierto que no aceptemos sus tomates, al menos los de nuestros vecinos, por seguir el ejemplo mencionado. Europa ya está abriendo sus puertas a los productos agrícolas de los vecinos del sur del Mediterráneo. La Asociación Euromediterránea ha conseguido unas cuotas de acceso a Europa para los productos del Magreb muy sustanciales. Y las barreras para el comercio de productos manufacturados son aún menores. La reciente Cumbre Euromediterránea ha ratificado el objetivo de alcanzar lo más plenamente posible un área de libre comercio en el Mediterráneo

para 2010. Todo esto ha permitido que la mayoría de nuestros vecinos haya aumentado considerablemente sus exportaciones a la Unión Europea en estos últimos diez años. Sin duda, este es un proceso progresivo que seguirá avanzando y los europeos tenemos que adaptarnos a él, concentrando nuestro esfuerzo productivo en áreas de mayor valor añadido. Y, por supuesto, vamos a seguir necesitando inmigrantes y por lo tanto tenemos que mejorar sustancialmente las vías para la emigración legal, de tal manera que los que emigren lo hagan con garantías y puedan integrarse plenamente en nuestras sociedades.

A. O. Esto nos ha llevado a la inmigración. La crisis en Ceuta y Melilla ha puesto de relieve que este ya no era un problema sólo español, sino europeo. ¿Qué espera usted de la UE a este respecto?

R. Z. Creo que la realidad ha golpeado a las puertas de la Unión y ha hecho evidente la necesidad de actuar. Europa ha reconocido la importancia que tiene este fenómeno en el continente y, en buena medida, esto se debe a la iniciativa española. España es hoy el principal impulsor para que Europa se dote de una auténtica política sobre inmigración. El tema ya está instalado en la agenda europea y el propio presidente de la Comisión Europea, José Manuel Durão Barroso, señaló que se trata de una de las prioridades que se ha fijado la Unión. A propuesta de mi Gobierno, Europa destinará más de 800 millones de euros para combatir la inmigración ilegal y regular y ordenar la legal. Esas cantidades servirán para ampliar a toda la costa mediterránea el sistema de vigilancia que hoy existe en el estrecho de Gibraltar, para potenciar la cooperación entre Europa y los países de origen y de tránsito y para mejorar la integración de los inmigrantes en territorio europeo. Además, se destinará una parte importante de estos fondos a paliar las causas profundas de la inmigración, aumentando la cooperación y estimulando el crecimiento económico de los países más afectados. Estas primeras acciones forman parte de una amplia serie de medidas inmediatas y prácticas dentro de una estrategia global. Iniciativas como la puesta en funcionamiento de la Agencia Europea de Fronteras o la firma de tratados de readmisión con países terceros permitirán una mejor gestión de la inmigración. Países como España, Francia e Italia estamos avanzando en la

creación del llamado espacio "Schengen del mar", una cooperación reforzada que aumentará el control marítimo en el Mediterráneo occidental a partir de enero para luchar contra las mafias que explotan la inmigración ilegal. A su vez, España y Francia estamos cooperando activamente junto con Marruecos en la preparación de una Conferencia ministerial euroafricana sobre inmigración en Rabat antes del verano, que deberá reunir a los principales países de origen, tránsito y destino de emigrantes, con el objetivo de acordar una gestión conjunta y positiva para todas las partes. Se trata de una conferencia que propusimos España y Marruecos y que ya ha recibido el respaldo de los 35 países de la Asociación Euromediterránea. Todo esto se complementará con una mayor ayuda al desarrollo de los países africanos emisores de emigrantes, para atajar el fenómeno en el origen. Como puede ver, el fenómeno migratorio, tal como se ha propuesto en España, es a partir de ahora una de las prioridades de la agenda europea. Volver la vista a Europa, mejorar las relaciones con nuestros vecinos, con los países de la Unión, con Francia, con Alemania, con Reino Unido, es, sin duda, la mejor política que puede seguir un Gobierno en España.

A. O. Francia está en crisis existencial y social.

Alemania, con la gran coalición, intenta resolver sus problemas internos, y con una visión más restrictiva y egoísta de Europa. ¿Sigue siendo conveniente su apuesta por acercarse al eje franco-alemán?

R. Z. Francia y Alemania son fundadores de la Unión, grandes economías y países muy cercanos a España, tanto por la vecindad de Francia como por la sustancial contribución histórica de Alemania a nuestro proceso de transición a la democracia, y también, por qué negarlo, a nuestro desarrollo económico como principal contribuyente neto al presupuesto comunitario. Así que me parece absolutamente conveniente seguir estrechando lazos con estos dos países que, sin duda, van a seguir siendo cruciales en el proceso de integración europea. Mis relaciones con Chirac y Villepin son, como es sobradamente conocido, excelentes, y la Asamblea Nacional me hizo el honor de convertirme en el primer presidente del Gobierno español en pronunciar allí un discurso. Con Angela Merkel ya tuve en Barcelona un primer encuentro muy cordial, en el que ella afirmó su disposición a mantener con mi Gobierno el tipo de relación estrecha que sostuvieron los de Köhl y Felipe González. Pero, por

supuesto, no hay ninguna exclusividad. Tengo una excelente relación con Portugal, su Gobierno y su primer ministro. Y una intensa relación de trabajo con Reino Unido, Italia y Polonia, entre otros. Las amistades, alianzas y complicidades de España en el seno de la Unión Europea son múltiples.

A. O. Hay muchas cosas en común con el Reino Unido. También diferencias. ¿Ve usted que se refuerce la relación entre Madrid y Londres? ¿Hay sintonía con el Nuevo Laborismo?

"Blair, al igual que yo, piensa que mejorar la seguridad ciudadana es de izquierdas, puesto que las principales víctimas de la delincuencia son las clases medias y populares"

R. Z. En éste, como en otros terrenos, los críticos de mi Gobierno deberían poner su reloj en hora. Mis conocidas diferencias con Tony Blair sobre la guerra de Irak pertenecen al pasado. Los dos dejamos este tema atrás hace ya bastante tiempo. Tengo con él mucha sintonía política en muchos otros asuntos. He estudiado con atención la importante renovación del laborismo que llevó a cabo y que ha logrado romper con algunos prejuicios de la izquierda. Por ejemplo, Blair, al igual que yo, piensa que mejorar la seguridad ciudadana es de izquierdas, puesto que las principales víctimas de la delincuencia son de las clases medias y populares, ya que los más ricos pueden pagarse una seguridad privada. También estoy de acuerdo con su defensa de una economía abierta y competitiva, con un presupuesto público equilibrado y sin déficit crónico. Un partido de izquierdas no tiene por qué gobernar subiéndole incesantemente los impuestos y los gastos. En España, los presupuestos de 2006 son los que incluyen más gasto social, en pensiones, en sanidad, en educación y en infraestructuras públicas, en mucho tiempo. Y todo esto sin subir los impuestos y manteniendo el rigor fiscal. No sólo sin déficit, sino con superávit. Por su puesto, también tengo mis puntos de desencuentro con Blair. Él es británico, y en su país hay una fuerte corriente de euroescepticismo, y yo soy español, y como la gran mayoría de los españoles, soy un europeísta convencido, un firme defensor de la construcción de una Europa fuerte. Pero, aún con esta diferencia, los dos coincidimos

en la necesidad de reforzar algunos aspectos de la Unión, como aumentar la productividad y la competitividad y alcanzar metas más ambiciosas de inversión en I+D, tal como se acordó en la Agenda de Lisboa. Coincidimos a su vez en que la inmigración es un fenómeno que nos afecta a todos y que debe estar en el centro de la agenda europea. Y compartimos también el dolor por los ataques terroristas del 11-M en Madrid y del 7-J en Londres y la necesidad de darles respuestas múltiples, incluida la Alianza de Civilizaciones, que Blair apoyó explícitamente.

A. O. ¿Vamos a un mundo multipolar? ¿Quiere usted una Europa (aunque sea a menos) "potencia", es decir, que pese en el mundo?

R. Z. Creo que la Unión Europea es fundamentalmente buena para la ciudadanía europea que, gracias a ella, tiene garantías de paz, democracia y libre mercado en el horizonte temporal previsible. Pero también creo que la Unión irradia una influencia positiva para el resto del mundo. Y, por tanto, sí quiero una Europa que cada vez más contribuya al bienestar internacional con misiones de paz, con logros históricos como la Corte Penal Internacional y el Protocolo de Kioto, promoviendo la abolición de la pena de muerte, siendo el mayor contribuyente mundial de ayuda al desarrollo, luchando contra la pobreza y las enfermedades y abogando por el desarrollo sostenido. Es decir, pienso que también el mundo necesita más Europa y no menos Europa.

A. O. ¿Cómo evolucionará la política exterior de EE UU en los próximos años?

"Estados Unidos puede y debe ser clave para que este siglo esté regido por el multilateralismo y el respeto de la legalidad internacional, por el continuo avance de los derechos humanos y la democracia"

R. Z. Francamente, creo que es mejor dejar las predicciones para otros con más libertad para equivocarse. Sí le puedo decir lo que yo deseo, lo que yo espero de un Estados Unidos que ha realizado una contribución sin parangón al progreso de la democracia y la libertad en el mundo. Estados Unidos fue crucial para acortar la Primera Guerra Mundial. Estados Unidos fue todavía más crucial para detener a Hitler

y crear Naciones Unidas. Y también para apoyar desde fuera el proceso de integración europea, que no se olvide, o para la creación del GATT, hoy reemplazado por la Organización Mundial de Comercio. Y lo que yo deseo es que Estados Unidos siga haciendo esa contribución en el siglo XXI. Estados Unidos puede y debe ser clave para que este siglo esté regido por el multilateralismo y el respeto de la legalidad internacional, por el continuo avance de los derechos humanos y la democracia. Y deseo que más pronto que tarde se incorpore a aquellas áreas en las que la Unión Europea ha tenido que avanzar sin este gran aliado, como la Corte Penal Internacional o el Protocolo de Kioto. Con los europeos y los estadounidenses trabajando en sintonía, la libertad y la seguridad internacionales son más fuertes.

A. O. Sin duda, su Gobierno ha hecho una de sus prioridades restablecer unas buenas relaciones con Marruecos. El país parece sin embargo algo parado en sus reformas. Y las relaciones con Argelia han empeorado. Tras la Cumbre Euromediterránea de Barcelona, ¿qué hacer? ¿Cómo impulsar el desarrollo y la integración del Magreb?

R. Z. Marruecos, sin duda, es una prioridad de nuestra política exterior y mi Gobierno ha logrado restablecer con ese país unas relaciones que se habían deteriorado de modo ostensible, peligroso incluso. Pero no estoy de acuerdo con su valoración sobre el proceso de reformas en Marruecos. Al contrario, los grandes organismos internacionales, como la Comisión Europea y el Banco Mundial, son unánimes sobre la solidez y el buen ritmo del proceso. En el mundo árabe, Marruecos compite con Jordania por el primer puesto del *ranking* reformista. Es indudable que esas reformas necesitan de cierto tiempo para que sus resultados sean palpables. Pero Marruecos ha mejorado la situación de la mujer como no lo ha hecho ningún país árabe, estudia una ambiciosa ley de partidos políticos y sigue profundizando en la apertura y liberalización económicas. Está claro que Marruecos también afronta grandes retos, desde el control de la demografía hasta la mejora del Estado de Derecho, pasando por la presión migratoria subsahariana. Y lo que debemos hacer desde España, lo que está haciendo mi Gobierno, es ayudarle a afrontar esos retos desde la amistad y la buena vecindad. También es verdad que otro de esos retos es la mejora de sus relaciones con Argelia. España es firme partidaria no sólo de esa mejora sino de la verdadera

puesta en marcha del proceso de integración magrebí. Permítame ahora que rechace la idea contenida en su pregunta de un supuesto empeoramiento de las relaciones de España con Argelia, que es un país que también consideramos estratégico. Con Buteflika, con el que me he visto en Argel y en Madrid, tengo una buena relación y él tuvo la amabilidad de invitarme a pronunciar un discurso ante la cumbre de la Liga Árabe, por no mencionar que estamos trabajando conjuntamente en la perspectiva del segundo gaseoducto entre nuestros países. Vamos a ver, lo que ha cambiado con mi Gobierno es una cierta tendencia del pasado a que prevalezca unas veces la relación con Marruecos y otras con Argelia. Ese juego se acabó. Nosotros no vemos las relaciones con Marruecos y con Argelia como un juego de suma cero. Al contrario, queremos tener relaciones cada vez más fluidas con cada uno de ellos para abordar las cuestiones bilaterales y contribuir también a la resolución de cuestiones de interés común, como el conflicto del Sáhara Occidental. El fin de este largo conflicto es una prioridad para resolver la situación humanitaria de la población saharauí y para impulsar la integración regional del Magreb. Nuestra posición sobre el Sáhara Occidental no ha cambiado. Seguimos abogando por una solución justa, definitiva y acorde con la legalidad internacional, que debe alcanzarse con la ayuda de y en el marco de Naciones Unidas. Lo que sí ha cambiado en relación al pasado es que ahora intentamos ser más activos en la búsqueda de esa solución.

A. O. Ha lanzado la iniciativa de una Alianza de Civilizaciones, que mencionó antes. Parece, fundamentalmente, un proyecto político y social. Pero ¿ve usted en el horizonte que conduzca a medidas concretas operativas? ¿A un tratado?

R. Z. La Alianza de Civilizaciones ya es un proyecto concreto, materializado en los trabajos del Grupo de Alto Nivel de Naciones Unidas, que tuvieron su primera reunión en Mallorca a finales de noviembre. Esta reunión representa un avance formidable, si se recuerda que lancé esta iniciativa hace poco más de un año. En este breve lapso de tiempo, la Alianza de Civilizaciones ha recogido un sinnúmero de apoyos significativos, entre ellos el de líderes mundiales, como Tony Blair y Kofi Annan, y el de foros internacionales como la Asamblea General de la ONU, la Conferencia Iberoamericana y la Liga Árabe. Hemos avanzado mucho. Desde luego, mucho más de lo que vaticinaban algunos agoreros que me acusaron de ingenuo

y de iluso tras mi discurso en la Asamblea General de 2004. Este gran avance y estos respaldos son también una medida de que esta iniciativa viene a llenar un vacío existente. Hasta ahora nadie había centrado lo suficiente la atención mundial en la necesidad de actuar contra el abismo que algunos pretenden crear entre Occidente y el mundo islámico. Es un reto a medio y largo plazo muy complejo y, sin duda, es mucho más fácil no intentarlo. Pero estoy convencido de que el diálogo y la cooperación son la respuesta estratégica en la lucha contra el terrorismo internacional, el complemento político, social y cultural necesario de la acción policial y judicial. La Alianza de Civilizaciones es un arma para atacar a las ideologías extremistas que fomentan el odio, el radicalismo, la xenofobia y la discriminación, un instrumento para ganar la batalla de los corazones y las mentes. Esta iniciativa está ahora en manos del secretario general de Naciones Unidas y confío en que los trabajos que se están llevando a cabo nos dotarán de iniciativas concretas en los terrenos de la política, la educación, los medios de comunicación de masas, la cooperación internacional. Las cosas van por bastante buen camino. Así al menos opinan nuestros socios europeos, que manifestaron su adhesión explícita a la iniciativa en una reunión específica que mantuvimos en la reciente Cumbre Euromediterránea de Barcelona.



Brecha: Bush saluda al presidente del Gobierno español durante la Cumbre de la OTAN hace un año.

A. O. Desde la visita del presidente Hu Jintao a Madrid, España se ha convertido en socio estratégico de China. Pero nuestras empresas, con alguna excepción, están retrasadas en su presencia en China respecto a otros países de nuestro entorno.

R. Z. El Gobierno está haciendo un gran esfuerzo para mejorar la presencia española en China. En un nuevo ejemplo de la intensa actividad internacional desplegada por mi Gobierno, en el segundo semestre de 2005 hemos avanzado de forma notable en las relaciones bilaterales. Primero con mi visita a Pekín el mes de julio y luego con la visita a Madrid del presidente Hu Jintao en noviembre. Es un gigante emergente y es muy importante que nuestros agentes económicos participen de su crecimiento. Hay un ejemplo clarísimo que demuestra la virtud de la cooperación mutua. España, destino turístico de primer orden, puede beneficiarse de los millones de turistas chinos que empiezan a disfrutar de su ocio fuera y que lo harán cada vez más en los próximos años. Y, al mismo tiempo, la industria turística española puede ser muy útil para el desarrollo turístico de China, que también está llamada a convertirse en un destino importante en los próximos años. La apertura de un Instituto Cervantes en Pekín y de un Instituto Confucio en Madrid nos ayudará a acercar nuestras culturas y dar más visibilidad a España en aquel país. Pero hay mucho más, por supuesto, porque nuestras empresas tienen mucho que aportar en otros sectores clave, como por ejemplo, el tratamiento de residuos. Acabamos de lanzar el Plan Asia en el que China tiene un papel importante. Y el Ministerio de Industria lanzó hace unos meses un plan integral para China que ya está empezando a dar resultados concretos. Sí, también aquí estamos trabajando en recuperar el terreno perdido.

A. O. Pero una de las asignaturas pendientes de la política exterior española es otro país en ascenso: India.

R. Z. Efectivamente, India es la mayor democracia del mundo y tiene unos niveles de crecimiento también impresionantes, aunque generalmente se les preste menos atención que a los de China. El Plan Asia también incluye una serie de actuaciones importantes en India, país que tengo intención de visitar en cuanto sea posible.

A. O. Lula era un referente central para toda América Latina. Pero día a día se ve rodeado de más problemas de corrupción en su partido. ¿Qué referentes tendrá ahora América Latina en año de elecciones casi en todo el continente?

R. Z. Brasil va a seguir siendo un referente en América Latina, como México, Argentina, Chile y otros, con independencia de los problemas de política interna que puedan surgir y de cómo se resuelvan. Creo que las perspectivas actuales de América Latina son bastante buenas, pese a los problemas puntuales de éste o aquel país. Las economías están creciendo a un ritmo sin precedentes en las últimas décadas y se está consolidando el Estado de Derecho. En cuanto a mi Gobierno, al igual que lo ha hecho en los terrenos europeo y mediterráneo, hemos retomado la tradicional buena relación española con América Latina, una relación basada en la igualdad y la solidaridad, y con esa filosofía me va usted a permitir que no le exprese opiniones sobre líderes elegidos democráticamente. Lo importante es que España está absolutamente comprometida con la consolidación de la democracia y del desarrollo económico en América Latina y con la consecución de una mayor cohesión social y territorial. Y lo va a seguir estando. La celebración de la Cumbre Iberoamericana en Salamanca, el pasado octubre, es una prueba más del compromiso de España. Esta Cumbre ha significado la puesta en marcha de la Secretaría General Iberoamericana, una institución que dará una voz propia a los 22 países que integramos esta comunidad.

A. O. ¿Qué le sugieren estos tres nombres:
Evo Morales, Chávez y Castro?

R. Z. Evo Morales acaba de ganar y, por tanto, tenemos que tener un tiempo de espera, e intentar ayudar a un país que tiene una problemática social y de cohesión territorial muy importante. Venezuela arrastra una situación difícil desde la caída del sistema tradicional de partidos. Más allá de lo que pueda generar la figura de Hugo Chávez, que tiene que ser respetada porque ha sido votada, la pregunta es por qué se produjo la destrucción de un sistema de partidos caracterizado por Adecó y Copei. Porque ahí han influido factores que tienen mucho que ver con la visión, equivocada en mi opinión, que a veces se tiene de Latinoamérica, y de las peores prácticas en la acción de los gobiernos. Venezuela es un país que necesita un proceso de desarrollo y consolidación de instituciones democráticas, y no ha sido una buena noticia que la oposición no participara en las elecciones legislativas. Ganando Chávez o quien sea, España quiere tener una buena relación con Venezuela,

pero también que en Venezuela haya unos parámetros que puedan ser reconocidos como democráticos.

No conozco a Fidel Castro. Nunca he hablado con él. Lo único que sé es que España tiene una relación intensa con Cuba, por razones históricas muy fuertes, y lo que deseamos es que Cuba evolucione. No creemos que dé resultado el bloquear, el hacer sólo una política de oposición. Hay que combinar. Hay que hacer una política de exigencias, pero también intentar ayudar en esa evolución.

Esta es la versión íntegra de la entrevista, que se realizó en parte por escrito y en parte en persona.

Fecha de creación

18 octubre, 2007